

Viernes XXIX del TO
Ciclo A



27 de octubre de 2023

Rm 7, 18-25

Sal 118

Lc 12, 54-59

P. Eduardo Suanzes, msp

Pablo había escrito a los Gálatas: «*ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*»¹. Al decir que «ya no soy yo quien vive», estaba diciendo que su «yo», su «viejo yo» ya no vivía. ¿Significa esto que Pablo ya no tenía impulsos o tentaciones del hombre viejo? ¿Estaba ya en la paz escatológica, ausente de luchas?² Claro que no, porque aquí, en la Primera Lectura nos confiesa él mismo su propia lucha interior entre la ley de la carne y la del Espíritu y, además, lo constatamos también leyendo sus cartas. Y, sin embargo, algo irreversible había sucedido, por lo que podía decir que su «yo» (el viejo) ya no «vivía». Lo había crucificado con Cristo. Pablo vivía de la cruz de Cristo. Para él ya solo existía Cristo, y este crucificado. Si debía glorificarse de algo sería solo en la cruz de Cristo.

Él había llegado al punto de hacer vida la pasión de Cristo en él mismo, pues había conducido a la muerte al hombre viejo, por lo que Dios había hecho renacer al nuevo, identificado con Jesús resucitado en el centro de su alma; pero es lo primero lo que es condición para lo segundo. En la identificación con la muerte de Cristo, es decir, en sumergirse en la muerte de Cristo (bautizado en la muerte de Cristo) es donde se realiza esta «parada» y cambio de dirección, simbolizada por la sepultura bautismal.

Escribía san Basilio lo siguiente: «La regeneración es el comienzo de una nueva vida. Pero es más, pues para comenzar una segunda vida, necesitas primero poner fin a la precedente. Como en la doble carrera de los estadios, hay prevista una parada y descanso, antes de reemprender la carrera en sentido contrario, así también en el cambio de vida resulta necesario que una muerte se interponga entre las dos vidas, para poner fin a lo que precede e iniciar lo siguiente»³.

Y aquí está el *quid* de la cuestión. El ser capaces de morir a esa tendencia interna (de la que habla Pablo) que nos curva sobre nosotros mismos, contraria a nuestra razón, y que trata de esclavizarnos con una tiranía implacable.

Este testimonio de Pablo, deja ver al hombre amarrado, abatido y derrotado por dentro, que supo crucificar al viejo yo para llegar al hombre liberado, que sabe asumir su propia flaqueza como manifestación de gracia liberadora de Dios: «*te basta mi gracia, pues mi*

¹ Gal 2,20

² Cfr. RAINIERO CANTALAMESSA. *La vida en el señorío de Cristo*. Editorial Cultural y Espiritual Popular S.L (EDICEP), 1991

³ BASILIO EL GRANDE, *De Spiritu Sancto*. S., XV, 35; PG 32, 129. [San Basileo fue obispo de Cesarea en el S.IV d.C. Es uno de los cuatro principales Padres de la Iglesia Griega junto a Atanasio, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo]

mayor fuerza se manifiesta en la debilidad»⁴. Desde su conversión a los 28 años de edad, hasta la prisión a los 52, muchas cosas murieron en su vida, y muchas cosas nuevas nacieron⁵.

En el Evangelio, Jesús reprocha a la gente: ¿por qué ser ciegos al tiempo y a la historia, cuando se tiene el ojo tan abierto para prever la lluvia y la sequía, el calor y el frío? Jesús manifiesta su sorpresa ante el hecho de que sus contemporáneos, tan hábiles para interpretar los fenómenos naturales, sean tan obtusos para comprender lo que realmente está pasando a su alrededor, en lo que tiene que ver con él. Es como si Jesús dijera: «Ustedes están acostumbrados a examinar el aspecto del cielo y de la tierra, pero no logran reconocer al que está delante de ustedes; son incapaces de interpretar el momento presente»⁶. Las observaciones de Jesús denuncian un contraste de mentalidades: frente a la «sensibilidad meteorológica» de sus contemporáneos se alza su «insensibilidad religiosa». Les reprocha su absoluta incapacidad de comprensión⁷.

Jesús invita a «evaluar» y «apreciar» el tiempo presente. No se refugia en el pasado que él asume, ni en el porvenir que desconcierta; no quiere llevarse a su auditorio al país de los sueños. Compromete a cada uno a considerar su tiempo como habitado por Dios, con todo el peso que esto tiene. Una vez establecida esta constatación decisiva, invita a tomar medidas de urgencia: respecto a uno mismo, el compromiso; respecto a Dios, la confianza y la esperanza; los que le escuchan no quieren interpretar este tiempo como señalado por Dios para la decisión, precisamente porque rehúyen el tomar decisión. Eso mismo es lo que nos puede pasar a nosotros cuando rehuimos el enfrentarnos cara a cara con Jesús: es mejor “echarnos la manta a la cabeza” y seguir con nuestra vida normal de todos los días.

Y para esclarecer el asunto les lanza una parábola que ayudará a juzgar rectamente del tiempo y a hacer lo que es debido. Tú vas con tu contrario a un proceso. Todavía existe la posibilidad de negociar con él de recurrir a su bondad, de tratar de ganarle la voluntad y así librarte de él. Una vez que ha comenzado la vista de la causa, el pleito sigue su camino. Todo procede automáticamente. Ya no tienes manera de influir. Lucas tiene presente el proceso judicial romano: hay que recordar que escribe su evangelio para los paganos del Imperio. Todos conocen lo duro e inexorable del orden jurídico romano. Del magistrado pasa el acusado ante el juez, del juez al ejecutor de la sentencia, del ejecutor a la cárcel, y de la cárcel no sale hasta que haya pagado el último cuadrante⁸.

A primera vista, Jesús recomienda a sus oyentes que se paren a meditar las consecuencias de comparecer ante los tribunales, y, al mismo tiempo, exhorta a sus seguidores a que, en caso de desavenencia, aprendan a conseguir acuerdos que eviten conflictos de mayor importancia. Pero también podemos interpretarlo de otra forma⁹. Es como si Jesús nos dijera: «Como les pasa a ustedes a veces en su vida, que ponen el máximo cuidado en no

⁴ 2Cor 12,9

⁵ Cfr. Carlos Mesters, oc. *Pablo Apóstol. Un trabajador que anuncia el Evangelio I*. Ed. Dabar., 1993

⁶ Evangelio apócrifo de Tomás: EvTom 91

⁷ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002

⁸ Cfr. ALOIS STÖGER. *El Evangelio según san Lucas, I*. Ed. Herder. Barcelona, 1979

⁹ ...tal como lo hace RUDOLF BULTMANN en *La Historia de la Tradición Sinóptica*, 231. Ed. Sígueme. Salamanca, 2000

tener que comparecer ante los tribunales, también tienen ustedes que estar atentos, y poner el máximo esfuerzo, para conducirse de tal manera que no tengan ningún motivo de miedo ni de preocupación ante la presencia de Dios en el cielo. El fuego que yo traigo es el fuego del sosiego y de la paz, pero, al mismo tiempo, de la firmeza y la contundencia de vida. Por eso hay que poner el máximo esfuerzo en ver lo que tienen delante».